

ECA

Estudios Centro Americanos

Año III—San Salvador—Centro América— Junio de 1948—No. 21

Nuestro SUÁREZ

Por Pedro Lain Entralgo



Se celebra este año el Cuarto Centenario del nacimiento de Suárez. Sostenedor egregio de la Ciencia Sagrada, astro de primera magnitud en la Compañía de Jesús, gloria insigne de la Iglesia, su doctrina será siempre norma segura en la ciencia y en el saber de Dios. La gigantesca obra que nos ha dejado es sillar fundamental en el campo teológico y filosófico. De saber profundo y de pensamiento metafísico maravilloso, la Iglesia no ha dudado en honrarlo con el distinguido título de Doctor Eximius.

A los diversos homenajes que, durante todo el año, se le tributarán en su patria, ECA, quiere asociarse, aunque modestamente a la glorificación de esta insigne lumbrera del mundo hispánico.—La Redacción.

Dos tipos, dos modos de ser «clásico» cabe distinguir entre los egregios varones que, sin grandes pretensiones de exactitud, así son llamados por el vulgo ilustrado. Hay un grupo de autores «clásicos» «stricto sensu». Son los clásicos permanentes, los que en todo tiempo y, por tanto, en cualquier tiempo, son capaces de enviar un mensaje inédito y valioso al hombre que los interroga. Otros en cambio, «los clásicos» «lato sensu», sólo hablan como tales a quienes viven en situaciones espirituales íntimas, subjetivamente acordadas con las suyas. Platón y Cervantes son «clásicos» para todos y para siempre; Novalis y Kierkegaard, sólo para algunos hombres y algunas horas. Alguien preferirá tal vez llamar «románticos» a estos «clásicos de ocasión».

Cualquiera que sea la postura que uno adopte frente a tan indefinido problema, es seguro, sin embargo, que no vacilará en poner al metafísico Suárez entre los clásicos para todos y para siempre. Pensó y escribió Suárez, ¿cómo no?» des-

de la entrada misma de la situación histórica en que le tocó existir: España, Europa, filo de los siglos XVI y XVII. Sus creaciones intelectuales más propias —elaboración de la Metafísica como disciplina filosófica, doctrina de la esencia y de la existencia, teoría del concurso divino en la causalidad libre— sólo pueden ser plenamente comprendidas si se las sitúa dentro del mundo espiritual a que respondieron. Pero Suárez, no lo olvidemos, no quiso hablar, y no habló sólo a los hombres de su tiempo, sino a todos los hombres capaces de pensar filosóficamente, cualesquiera que fuese su lengua y su siglo. Así lo entendieron los estudiosos europeos durante los siglos XVII y XVIII; así lo entienden hoy cuantos, en uno u otro sentido, emplean su denuedo intelectual en reedificar la Metafísica.

Pero estos clásicos que hablan a todos y siempre, ¿dicen siempre a todos lo mismo? Tal es el verdadero problema. Escribió Dilthey que «los grandes poetas de la objetividad», los que se esfuerzan por ver el mundo tal como es, llámense Homero, Cervantes o Shakespeare, «son como los reyes: no tienen amigos». Lo mismo diría de los pensadores de igual estilo: Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Leibniz; o, «toutes proportions gardées», Suárez. No; no es exacta la expresión del sensible tudesco. Estos pensadores, esos poetas son, porque pueden, amigos de todos. Aquel cuya inteligencia exija monogámicas congenialidades dirá de ellos, como Dilthey, que son reyes del espíritu y no tienen amigos. Hallará en su obra amistad, en cambio, quien, vencida esa pasión de monopolio —que es cosa buena para el mundo de la sangre, no para el mundo del espíritu—, busque en ellos con ahínco la parcela espiritual que desde su situación histórica y con su personal peculiaridad pueda hacer más propiamente suya. Es el arte de ver y adivinar un Platón —«nuestro» Platón— fiel por igual a la magna verdad de este universal amigo y a nuestra imperativa exigencia de originalidad, Platón no es, no puede ser, exclusivamente «mío»: pero nada impide que yo descubra en él, si soy capaz de ello, «mi Platón».

¿Cuál puede ser, entonces, «nuestro Suárez»? ¿Cuál la imagen intelectual de Suárez, fiel por igual a la verdad del gran metafísico y a las específicas necesidades de nuestro espíritu? Somos hombres que han asistido a la quiebra de los supuestos históricos del mundo moderno: nuestras «creencias históricas»; como diría Ortega, ni son, ni pueden ser las que sirvieron de sustentación a las almas europeas desde el siglo XVII al XX. Somos y queremos seguir siendo católicos. Admiramos mucho a la Edad Media: mas no podemos volver a ella, aunque a veces nos esforcemos por quererlo. En tal situación, ¿no es cierto que podamos hallar una voz amiga en el Suárez que se empeñó —férrea, sutil, católicamente— en la faena de resolver los problemas del espíritu, allá, en el alba de la edad que llamamos «moderna»?

La verdad es que mi pregunta tenía, antes de ser formulada, una espléndida respuesta afirmativa: el libro «Francisco Suárez, S. J.», que hace unos meses publicó en Granada el profesor Enrique Gómez Arboleya. «Gloria de Suárez», ha llamado al trabajo de Gómez Arboleya un ilustre hermano en religión del gran jesuita. Lo es, en efecto, por su rigor, por su profundidad, por su elegancia intelectual y literaria, por su fidelidad al pensamiento del Doctor Eximio y a los más entrañables latidos de nuestro espíritu. Granada nos lo dió y Granada nos hace ver lo que en él puede ser más amigo. Gómez Arboleya, granadino, nos ha mostrado a los españoles de 1948 cuál puede, cuál debe ser «nuestro Suárez». Cuando las mentes mejores se debaten, cada una a su modo, con el problema de edificar

una nueva analogía del ser, ¿cómo no sentir en el alma una chispa de alegre esperanza, viendo que un pensador español, expresamente situado bajo el magisterio y la amistad de otro pensador español, ha sabido descubrir y edificar, para todos los hombres de este tiempo, «nuestro Suárez»?

El Nacimiento del Padre SUÁREZ

J. MORENO CASADO

La perpetua actualidad del Padre Suárez—que tan variadas e interesantes facetas presenta en diversos órdenes del pensamiento—se aviva y acrece ahora, con motivo del IV centenario de su nacimiento. Especialistas en los diversos campos en que desarrolló su actividad el preclaro jesuita enaltecerán su obra y la huella inmarcesible que su paso dejó en la Moral y en Derecho, en la Filosofía y en la Teología. Pero ahora sólo queremos evocar las efemérides, precisamente, que este año se celebran, o sea su nacimiento, acaecido en Granada un día 5 de enero, hace cuatro siglos.

No habían transcurrido, a la sazón, más de once lustros desde la fecha en que la cruz irguióse sobre la última ciudad que había dominado el Islam durante muchas centurias. Los alminares de las mezquitas se han ido trocando en campanarios de iglesias cristianas, y ya los arquitectos del Renacimiento al servicio de Carlos V, el nieto de los conquistadores, comienzan a alzar en la propia Alhambra, junto al alcázar mismo de los Nasaríes, el gran palacio inacabado al que había de vincularse el nombre del Emperador.

En esta Granada de mediados del quinientos viene al mundo el Doctor Eximio. Su preclaro linaje, que se remonta a los días de Fernando I, ligase a la última ciudad de la Reconquista desde que fué ocupada por los cristianos, y los Reyes Católicos hicieron donación de ciertas casas y tierras, en la vecina alquería de La Zubia, a un abuelo del Padre Suárez, Alfonso de Toledo, quien llegado con las tropas de Castilla, desempeñó en Granada, además, el cargo de tesorero general del Ejército y el de superintendente del antes citado palacio de Carlos V. Gaspar Suárez de Toledo, primogénito suyo, oidor que fué de la Chancillería, enlazó con una dama perteneciente a ilustre familia granadina, doña Antonia Vázquez de Útiel, y de esta unión nació el que había de ser poderoso luminar del pensamiento español, el Padre Francisco Suárez, segundo de los ocho hijos con que Dios favoreció el matrimonio de sus progenitores.

Aún se se conserva la casa en que vió la primera luz el gran escolástico. Es un edificio de la primera mitad del siglo XVI, con ligera decoración renacentista en la portada, situado en la calle de Pavaneras y frente a la plaza que hoy lleva el nombre del eminente jesuita. Un apasionado biógrafo, el padre Bernardo Sartolo, escritor del XVII, incorporado por le Real Academia Española al «Diccionario de Autoridades», precisamente por su obra «El Eximio Doctor, Venerable Padre Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, en la fiel imagen de sus heróicas virtudes», describe así el nacimiento de su hermano en religión:

«Comenzaba el año de mil quinientos y cuarenta y ocho, obedeciendo la Iglesia a Julio III, la Compañía de Jesús a su Fundador y Patriarca San Ignacio, y la Monarquía española al Emperador Carlos Quinto, que hizo dóciles los leones y las águilas a las leyes de una misma coyunda; cuando determinó el cielo dar al mundo un nuevo sol y ennoblecerle con el nacimiento de nuestro Francisco. Amaneció el día quinto de enero, víspera de la Epifanía del Señor, y día verdaderamente feliz para la Iglesia, para España y para la Compañía, porque en él había de nacer a la militante Iglesia un valeroso caudillo, que la defendiese con su pluma, a la nación española, un héroe, que la engrandeciese con su fama, y en fin a la Compañía de Jesús un Doctor Eximio, que la iluminase con su incomparable sabiduría.»

Y a continuación, dejándose llevar, sin duda, de su fervor hacia la figura cumbre del Padre Suárez y de su fantasía, que, acaso recoge alguna vieja leyenda —Sartolo publica su obra en Salamanca, en 1693, es decir, siglo y medio después del hecho que narra—, menciona la aparición, inmediata al natalicio, de «un lucero de tan extraña magnitud y claridad, que, así en la plazuela cercana como en las calles circunvecinas, pareció haber nacido segunda vez el día».

¿Pero qué mayor prodigio que el de haber alumbrado Dios en aquel instante el pensamiento poderosísimo de quien había de merecer de Benedicto XIV el dictado de Doctor Eximio, con que quedó perennemente consagrado?

